

mento contenido, volvió de nuevo á estallar por todas partes.

Y no fué más que un grito unánime de admiración.

CAPÍTULO XIV.

EN QUE CAMILO HALLA LA FORMA DE SU ZAPATO.

El desmayo de Carmelita, gracias á las seguridades dadas por Ludovico, de que el accidente no inspiraba temor alguno, interrumpió por algunos minutos solamente el placer que cada cual quería disfrutar aquella noche en casa de Mad. de Marande.

Pero antes de pasar á otra cosa, antes de responder á los primeros acordes de la orquesta, que resonaba ya en los salones, agotáronse todas las fórmulas y cumplimientos sobre el talento de la futura debutante. Cada cual prometió atraerla á su círculo particular, y poco después, cada cual también fué saliendo del gabinete, atraído hacia los salones por la música del baile.

El único episodio digno de ser contado que ocurrió durante este movimiento, y que referiremos, porque está unido naturalmente á este drama, fué el paso en vago dado por Camilo de Rozán, al dirigir aturdidamente la palabra á jóvenes que conocían á fondo la historia de Carmelita.

Mad. de Rozán, su mujer, linda criolla de quince años, había sido provisionalmente acogida por una viuda de origen criollo, que se declaró su parienta.

Camilo, viendo á su mujer, como suele decirse, en fa-

milia, se había aprovechado de esta circunstancia para convertirse en soltero.

Habiendo visto á Ludovico, su antiguo camarada, casi su amigo, y restablecida la calma después de la salida del gabinete de Carmelita, cuyo desmayo atribuyó solamente á la emoción, dirigióse hacia el joven doctor, con el vivo deseo de un extranjero recientemente llegado, que se encuentra con un antiguo conocimiento.

— ¡ Por Hipócrates ! exclamó tendiéndole la mano, ¿ es Mr. Ludovico ? buenas noches, Ludovico, ¿ cómo está Ludovico ?

— Mal, respondió con frialdad el joven médico.

— ¿ Mal ? repitió el criollo ; ¡ pardiez ! están brotando salud vuestras mejillas... tenéis el mes de Abril en la cara...

— ¿ Qué importa, caballero, si tengo el mes de Diciembre en el corazón ?

— ¿ Tenéis algún pesar ?

— Más que pesar ; dolor.

— ¿ Dolor ?

— Profundo, inmenso.

— Dios mío, mi querido Ludovico, ¿ habéis perdido algún pariente ?

— He perdido alguien más querido para mí que un pariente.

— ¿ Qué hay, pues, más caro que un pariente ?

— Un amigo, puesto que es más raro.

— ¿ Y lo conocía ?

— Mucho.

— ¿ Alguno de nuestros compañeros de colegio ?

— Sí.

— ¡ Ah ! ¡ pobre muchacho ! dijo Camilo con suprema indiferencia, ¿ y cómo se llamaba ?

— Colombán, respondió secamente Ludovico volviéndole la espalda.

Camilo tuvo tentaciones de ahogar á Ludovico ; pero ya hemos dicho que tenia talento.

Comprendió que había emprendido un mal camino : giró sobre sus talones, dejando su cólera para mejor ocasión.

En efecto, si Colombán había muerto, Ludovico había tenido derecho para admirarse de que Camilo no se hubiera entristecido con semejante acontecimiento.

Pero, ¿ cómo podía él entristecerse con este acontecimiento ?

Lo ignoraba.

¡ Pobre Colombán ! Tan joven, tan bueno, tan fuerte, ¿ de qué había podido morir.

Buscó con la vista á Ludovico para decirle que lo ignoraba todo, y pedirle detalles sobre la muerte de su común amigo.

Pero Ludovico había ya desaparecido.

Buscando aún á éste, las miradas de Camilo tropezaron con el simpático rostro de un joven, á quien creyó conocer.

Pero le era imposible dar un nombre á esta cara.

Le había visto, estaba seguro de ello, le había conocido ; si había sido en la escuela de Derecho, lo que era probable, este joven podría decirle lo que deseaba saber.

Se dirigió, pues, á él.

— Perdonad, caballero, le dijo ; he llegado esta mañana de la Luisiana, que está casi á la mitad del camino de los antípodas. He andado naturalmente dos mil leguas por mar, lo que es causa de que me quede aún en el cerebro una especie de bruma y torpeza intelectual, que me priva á la vez del discernimiento y la memoria. Perdonad, pues, la pregunta que voy á tener el honor de dirigiros.

— Os escucho, caballero, respondió con política, pero con bastante sequedad, el joven á quien se dirigía.

— Creo, caballero, replicó Camilo, haberos visto bastante en mi último viaje á París, y al volveros á encontrar esta noche, vuestro semblante me ha llamado la atención como el de un antiguo conocido. ¿ Tendréis más memoria que yo, y podréis hacerme el obsequio de decirme si tengo el honor de seros también conocido ?

— Tenéis razón, caballero, os conozco perfectamente, Mr. de Razón, respondió el joven.

— ¡ Ah ! ¡ sabéis mi apellido ! dijo alegremente Camilo.

— Ya lo veis.

— ¿ Y me haréis el gusto de decirme el vuestro ?

— Me llamo Juan Robert.

— ¡ Ah ! ¡ Juan Robert ! eso es, ¡ pardiez ! Bien sabia yo que os conocía : que sois uno de nuestros más ilustres poetas, y uno de los mejores amigos de mi camarada Ludovico, si no me engaño.

— Que era también uno de los mejores amigos de Colombán, respondió Juan Robert, saludándole secamente y volviéndose.

Pero Camilo le detuvo.

— Caballero, por Dios, le dijo ; sois la segunda persona que me habla de la muerte de Colombán ; ¿ podéis darme algunos detalles sobre su muerte :

— ¿ Cuáles ?

— Deseo saber de qué enfermedad ha muerto Colombán.

— No ha muerto de enfermedad.

— ¿ Lo habrán matado en algún desafío ?

— No ha sido muerto en desafío.

— Pues entonces, ¿ de qué ha muerto ?

— Se ha asfixiado, caballero.

Y esta vez Juan Robert saludó tan friamente á Camilo, que éste, aturcido y todo como estaba, no pensó en detenerle.

— ¡ Muerto ! murmuró Camilo ; ¡ muerto asfixiado !... ¡ Quién hubiera podido creer esto de Colombán, tan bueno, tan religioso !... ¡ Ah ! ¡ Colombán !...

Y Camilo levantó las manos al cielo, como hombre que para creer lo que le dicen, necesita que se lo repitan dos veces.

Y al levantar las manos Camilo, levantó también los ojos, y al levantar los ojos, vió á un hombre que parecía absorto en profundas reflexiones.

Lo reconoció por un artista que le habían nombrado durante el desmayo de Carmelita, como uno de los más distinguidos pintores. El rostro de este artista expresaba la mayor admiración.

En efecto, era Petrus, á quien el sublime esfuerzo de Carmelita llenaba de orgullo y de tristeza á la vez.

¿ Tienen otro corazón, alma distinta, ó son acaso los artistas seres privilegiados para el dolor ?

Puesto que tan realmente triunfaban del dolor, debían ser enteramente distintos.

Camilo se equivocó respecto á la expresión del semblante de Petrus. Lo creyó pura y simplemente de dilettante extasiado, y se dirigió á él con la intención de dedicarle uno de los más agradables cumplimientos.

— Caballero, le dijo, si fuera pintor, no escogería otra expresión que la que vuestra fisonomía tiene para expresar el entusiasmo de un gran corazón, al oír la divina música del gran maestro.

Petrus miró á Camilo con desdeñosa frialdad y le saludó sin contestarle.

Camilo continuó :

— No sé hasta dónde llegará el entusiasmo de los franceses por la música del gran Rossini ; pero en nuestras colonias causa furor.

Es locura, frenesí, fanatismo el que hay por ella. Uno de mis amigos, admirador de la música alemana, fué muerto en un desafío por haber dicho que Mozart era superior á Rossini, y que prefería *Las bodas de Figaro* al *Barbero de Sevilla*. En cuanto á mí, confieso que soy partidario de Rossini, y que lo elevo cien pies sobre Mozart. Esta es mi opinión, y en caso de necesidad la sostendré hasta morir.

— No creo que fuera esa la opinión de vuestro amigo Colombán, respondió Petrus saludando friamente á Camilo.

— ¡ Ah ! ¡ pardiez ! puesto que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para hablarme de Colombán, y vos hacéis como los demás, me diréis, caballero, si es por el triunfo de Rossini sobre Mozart por lo que se ha asfixiado.

— No, caballero, respondió Petrus con suprema dignidad. Se ha asfixiado porque amaba á Carmelita, y porque ha preferido matarse á ser traidor á su amigo.

Camilo arrojó un grito y se cubrió la frente y los ojos con las manos, como si hubiera caído ante él una exhalación.

En este tiempo, Petrus, como antes lo habían hecho Ludovico y Juan Robert, pasó del gabinete al salón.

En el momento en que Camilo, un poco repuesto de la emoción que acababa de experimentar, quitaba las manos de sus ojos y abría éstos, vió delante de sí, lo que no le había aún sucedido desde su entrada en los salones de Mr. de Marande, un joven de bella apostura, que parecía

estar dispuesto á abordarle, en cuanto él se hallara en estado de sostener ese abordaje.

— Caballero, le dijo el joven, he sabido que acabáis de llegar de las colonias esta mañana, y que por primera vez, esta noche habéis sido presentado á Mr. y á Mad. de Marande. ¿Queréis hacerme el honor de aceptarme por padrino en los salones de nuestro común banquero, y por guía en los placeres y fiestas que ofrece nuestra capital?

Este obligado *cicerone* era el conde Loredán de Valgeneuse, que habiendo observado desde su entrada en el salón la linda criolla que acababa de importar en Francia Camilo de Rozán, quería á todo trance hacerse buen lugar con el marido, para el caso probable de hacerse aún mejor lugar con la mujer.

Camilo respiró un momento al encontrar un hombre que le dirigía diez palabras seguidas sin mezclar entre ellas el nombre de Colombán.

Excusado es decir, que aceptó con reconocimiento y júbilo la oferta de Loredán de Valgeneuse.

Los dos jóvenes se cogieron del brazo, y unidos así, se dirigieron hacia los salones del baile.

Acababa la orquesta de preludiar un vals.

Entraron en ellos en el mismo momento en que el vals empezaba.

La primera persona á quien hallaron al entrar en el salón, fué Mlle. Susana de Valgeneuse.

Hubiérase dicho al verla esperando, que su hermano la había citado para aquel sitio.

— Caballero, dijo Loredán, permitidme que os presente á mi hermana Mlle. Susana de Valgeneuse.

Después, sin aguardar la respuesta de Camilo, la que por su parte, se podía leer en sus ojos:

— Mi querida Susana, dijo el conde, tengo el gusto de presentarte un nuevo amigo, Mr. Camilo de Rozán, caballero americano.

— ¡ Oh! dijo Susana, vuestro nuevo amigo, mi querido Loredán, es para mí un antiguo conocimiento.

Camilo se sobresaltó; creyó que por cuarta vez le iban á hablar de Colombán.

— Pues, ¿ y cómo? preguntó Loredán.

— Qué, dijo Camilo entre alegre y dudoso, ¿ tendré el honor, señorita, de ser conocido por vos?

— ¡ Oh, perfectamente, caballero. En Versalles, en el colegio en que estaba no hace mucho tiempo todavía, me ligaba estrecha amistad con dos de vuestras compatriotas.

En este momento entraban en la sala del baile Regina y Mad. de Marande, después de haber confiado á Carmelita, que, como Ludovico había predicho, no había tardado en volver de su desmayo, al cuidado de la doncella de la segunda.

Loredán hizo una señal imperceptible á su hermana, á la que ésta respondió con una imperceptible sonrisa.

Y en tanto que por tercera vez en aquella noche Loredán se aprestaba á reanudar con Mad. de Marande su interrumpida conversación, Camilo y Susana de Valgeneuse, para acabar de hacer pleno conocimiento, se lanzaban en el torbellino del vals y se perdían en medio de un océano de gasa, seda y flores.